

Homofobia en primera persona

Alonso Sánchez Baute

Escritor colombiano, sanchezbaute@hotmail.com

Durante muchos años me odié por ser homosexual. Me odié hasta desear mi propia muerte. Desde muy niño me di cuenta de que no era como los demás, que no me gustaban ni las mujeres, ni el fútbol, ni irme a las trompadas. Antes de los seis años tenía clara mi identidad sexual, aunque desconocía lo que significaban estas dos palabras. Mi vida se convirtió en martirio a partir del momento en que comencé a escuchar lo que se afirmaba de los hombres a los que no les gustaban las mujeres. No me refiero a eso de que fueran maricas. Esta palabra la conocí mucho tiempo después. Lo que decían lo soltaban poniendo cara de asco, con repugnancia: eran como unos seres de las tinieblas, monstruos horrendos, pecadores nefandos. Eran el diablo mismo, lo cual, de alguna manera era cierto, pues, como ocurría con él, estos personajes en el pueblo eran rechazados y vivían igual de solitarios en su propio infierno.

Cuando se habla de homosexualidad, la sociedad en general suele preocuparse por el “problema” que ello acarrea para los padres del hijo con esa determinada orientación sexual, antes que por él. De modo que aquello era también, según decían, un castigo divino para los padres de ese “engendro”, que en ocasiones incluso trascendía el apellido familiar, pues si se comprobaba lo que se decía de ese hombre, esa palabra innombrable se convertía de inmediato en una tara familiar. “No te puedes casar con perencejo porque su hermano es un maricón y corres el riesgo de que un hijo te salga igual”. Algunos padres se sentían acusados, culpables por haber fecundado semejante “réprobo de los demonios”, en ocasiones con el agravante de que desconocían las palabras para decirlo, para expresarlo, porque nunca se ocuparon de darle un nombre a ese sentimiento. Las madres, sumisas ante la opinión de su marido, sentían miedo porque sabían que él las responsabilizaría por haber “malcriado” a ese hijo, como si la homosexualidad tuviera alguna causa. Lo fácil para ambos, en muchos casos, era dejarse arrastrar por el calor gregario y empedrarle el camino

a ese hijo que, de seguir en esos “malos pasos”, debía ser expulsado del lar familiar por semejante abominación.

Abominación. Qué palabra más dolorosa. Por como suena y por lo que representa. Durante muchos años no supe lo que significaba. No me atrevía a preguntarlo porque creía que, al hacerlo, me pondría en evidencia. Cuando inicié el bachillerato una tía abuela me regaló un Pequeño Diccionario Ilustrado Larousse, lo leía con frecuencia porque me encantaba memorizar palabras desconocidas. Y ahí estaba, en la primera columna de la página cinco. Abominar: condenar, maldecir, aborrecer.

Así las cosas, yo estaba condenado a los ojos de Dios, porque esa palabra siempre se pronunciaba cerca de Su nombre. En ocasiones hasta se santiguaban al proferirla. Yo era entonces, así lo creía, repugnante para Él. Y eso me hacía sentir feo. Horrible. Por dentro y por fuera. Física y moralmente. La comparación constante con otros muchachos del pueblo me hacía creer que no estaba a la altura de ellos, que no merecía lo que la vida me daba, que era una especie de monstruo kafkiano que me impedía creer que podía ser atractivo. No se trataba de si en realidad lo era o no. Eso no importa cuando hay amor propio, un sentimiento que en mí no cabía. ¿Cómo quererme si a los demás les producía odio y miedo? ¿Cómo quererme si yo mismo me sentía asqueado moralmente? A los siete años, cuando tuve “uso de razón”, hice la Primera Comunión ilusionado porque, al comer el cuerpo y tomar la sangre de Cristo, dejaría de ser todo eso que escuchaba que yo era sin que me lo dijeran directamente a mí. Pero fue peor porque la culpa y el temor crecieron. El temor, por supuesto, a ser descubierto. Peor: a confirmar algún día que yo era lo que me temía. El temor a no poder huir de mí mismo, de mi destino, y mucho menos de ese lugar.

Ser homosexual era estar marcado. Esto también se decía de los maricas: que estaban contaminados y había que evitarlos, aislarlos, hacerlos a un lado. Como a un leproso en tiempos bíblicos. Una forma de cohesión de la sociedad es oponerse al otro solo porque es diferente. Hay egoísmo de algunos de estos padres al exigirle a su hijo gay que sacrifique por ellos su felicidad. Si yo supiera, o sospechara, la homosexualidad de un hijo mío le daría herramientas para enfrentar la intolerancia y lo ayudaría a tener solidez emocional, a que confíe en sí mismo; a que aprenda que la gente siempre hablará, incluso los que se dicen *gay friendly*, que lo harán tan pronto necesiten desprestigiarlo por su orientación sexual; que ni siquiera puede exigir respeto a los demás, porque el respeto se gana, no se impone; y que en adelante y para siempre solo contará con el amor propio para salir adelante. Pero nunca lo maltrataría ni le cerraría las puertas.

La escritora de literatura infantil, Judith Viorst, afirma que una separación grave en los primeros años de vida deja una cicatriz emocional en el cerebro, porque compromete la relación humana más importante: el vínculo padre-hijo, que nos enseña que somos dignos de amor. El vínculo que nos enseña a amar. Es frustrante no ser querido, pero lo es más no tener a quien querer. Los gais, como todos los seres humanos, necesitamos mantener contacto físico y cercano con nuestra gente, con nuestra sangre. Hablar y reír juntos, compartir actividades, celebrar entre todos fechas y rituales importantes. Entre más se haga, entre más se experimente ese sentimiento de pertenencia con el grupo familiar, más fuerte será nuestro amor propio. Lo afirma el historiador emocional Richard Frith-Godbehere en su celebrado ensayo *Homo emoticus*, “El sentimiento de que pertenecemos a un grupo resulta ser casi tan vital para la supervivencia humana como beber agua”. Ese aislamiento forzado puede llevar a un daño psicológico, “e incluso a la muerte”¹.

No fue fácil para mí crecer en los años setenta en Valledupar, un pueblo marcadamente machista y patriarcal; un pueblo temeroso de todo lo que sonara a femenino; un pueblo temeroso de los maricas, a quienes se tenían como ciudadanos de segunda. A pesar de que eran la religión y la sociedad las que me oprimían, el odio lo sentía

contra mí mismo. Yo era homofóbico y no lo sabía, al igual que son machistas, y hasta misóginas, muchas mujeres. Mar de colmos, no solo la religión y la sociedad estaban en contra. También la ley. Hasta 1980 ser homosexual en Colombia estaba penado. De modo que un marica no solo era un pecador. Era también un criminal, un delincuente.

Todo esto lo viví en silencio, temeroso. Nunca me sentí cómodo por tener que mentirle a mi familia y, más, por mentirme a mí mismo. Pero si lo hubiera hablado habría sido peor. Y esto, por supuesto, generaba en mí un mayor estrés. Eso que los psicólogos llaman “estrés de las minorías” o estrés minoritario, una teoría que redondeará diciendo que sucede cuando las minorías sociales experimentan una vivencia crónica y hostil que requiere de un esfuerzo adicional a los factores estresantes cotidianos y con frecuencia compromete la salud mental. John Pachankis, un investigador del estrés y profesor de Yale, dice que el daño real se hace entre los momentos de darse cuenta de su sexualidad y el comenzar a contarles a otras personas.

Por otro lado, William Elder², investigador y psicólogo especializado en trauma sexual, sostiene que “El trauma para los hombres homosexuales es su naturaleza prolongada”. Además, afirma Elder:

Si experimentas un evento traumático, tiene el tipo de trastorno de estrés postraumático que se puede resolver en cuatro a seis meses de terapia. Pero si experimentas años y años de pequeños factores estresantes, pequeñas cosas en las que piensas: ¿fue por mi sexualidad?, eso puede ser aún peor.

Por su parte, Alex Keuroghlian³, psiquiatra del Centro de Investigación en Salud de la Población LGBT del Instituto Fenway, en Boston, afirma: “Vemos casos de hombres homosexuales que nunca han sido agredidos sexual o físicamente, con síntomas de estrés postraumático similares a las personas que han estado en situaciones de combate o que han sido violadas”.

El estrés de lidiar con el miedo de ser descubierto y la homofobia internalizada poco a poco se acumulan, por igual, en el cuerpo y en la mente; se pierde concentración y agilidad en cualquier actividad. Ese miedo y ese odio es todo en lo que se

¹ Richard Frith-Godbehere, *Homo emoticus. La historia de la humanidad contada a partir de las emociones* (Editorial Salamandra, 2022).

² Citado por Michael Hobbes en “The epidemic of gay loneliness”, *The Huffington Post*, marzo 02 de 2017.

³ Ibid.

puede pensar. Yo sabía que debía ser en extremo “varonil”, que debía evitar ser espontáneo, no fuera y en algún momento apareciera el monstruo que me habitaba y me dejara en evidencia. Debía ser serio, adusto, seco, hosco, hablar poco, evitar la risa y, más, la carcajada. Debía tener cuidado con cada palabra que decía, con cada gesto, con cada movimiento de las manos y de la forma como cruzaba las piernas. Debía evitar ser yo.

Cuando comencé a relacionarme con homosexuales luego de llevar varios años viviendo en Bogotá encontré que muchos de ellos tenían historias de dolor parecidas a la mía. En algunos casos, incluso más traumáticas. Todo era risa y broma cuando estábamos juntos. Se hablaba de orgullo y cuando alguien viajaba a Estados Unidos no olvidaba regresar con banderitas de arcoíris y objetos que nos hacían sentir que pertenecíamos a ese lugar, que ser gay era nuestra patria, y que la mejor familia es la que se escoge. A esa amistad la llamábamos así: familia. Sin embargo, a varios de ellos cualquier comentario les servía para escupir todo el odio que arrastraban desde la infancia hacia sí mismos y hacia los demás.

A pesar de haber vivido una experiencia de dolor similar, algunos de ellos parecían más dispuestos a atropellar al otro antes que ayudarlo a levantarse. Quizás por el temor de que, al darles la mano, se les tendría como personas “débiles”, la misma causa por la que ellos también habían sido rechazados en su infancia. Sucede que, en algunos casos, el camino de los gais está empedrado por el rencor de otros gais. La necesidad de exhibir ingenio a través de frases ligeras y respuestas automáticas no eran más que un cuchillo en la garganta contra alguno de nosotros. Ni el áspid que mordió a Cleopatra destilaba tanto veneno. Volvía luego a mi casa con una carga pesada y una profunda sensación de culpa por ser homosexual. El orgullo que allí se exhibía como un pavo real era solo dialéctico. La homofobia de esos amigos gais fue un fortísimo bofetón que me llevó por primera vez a cuestionarme la mía propia.

La vida no me la puso nada fácil para aprender a amarme a mí mismo, para confiar en mí, para tratarme con cariño. Siempre fui el objeto de mi odio, hasta que se publicó *Al diablo la maldita primavera*. La publicación de esta novela significó mi salida del clóset. Y entonces, sin que yo lo hubiera buscado y sin que me diera cuenta, la

culpa, el miedo y el odio se fueron desvaneciendo. En *El peligro de estar cuerda*, Rosa Montero⁴ lo resume de la siguiente manera:

Dejé de tener crisis de terror y de despersonalización justo después de sacar mi primer libro, es decir, cuando empecé a publicar ficción de manera habitual, y estoy convencida de que ambas cosas están relacionadas. Yo ya llevaba diez años publicando como periodista, pero, si tienes problemas para insertarte en la realidad, ese tipo de texto no te sirve. Por otro lado, llevaba escribiendo ficción desde los cinco años, pero si no la publicas, tampoco posee el mismo efecto estructurante. La combinación salvadora (esto también forma parte de la tormenta perfecta) es escribir ficción y publicarla, es decir, que te lean. Que los otros la comprendan y acepten.

¿El solo hecho de salir del clóset me alivió la carga existencial? Claro que no. Fue un proceso que tomó su tiempo. Primero había que construir el amor propio, que reestructurar la autoconfianza, creer en mí y en mis capacidades, reafirmarme en quien soy, tratarme con respeto y dignidad. Salir del clóset no solo me significó confesarme gay ante los demás. Fue, sobre todo, la oportunidad de decirles a los otros que ya no me rechazaba a mí mismo por ser quien soy; que yo, que durante tantos años enfrenté un conflicto y padecí el dolor por la culpa de arrastrar algo que para ellos es El Mal, me liberé de ese lastre, liberé su carga de silencio, y en adelante el “problema” de la orientación sexual ya no era mío, sino de quienes no pueden desprenderse de sus odios y prejuicios.

Salir del clóset también significó recuperar el carácter de aquel niño que tuvo que aprender a fingir para sobrevivir. ¿Quién habría sido yo, cómo habría sido si no hubiera tenido que ocultarme tras las máscaras exigidas por la sociedad? ¿Quién, cómo era ese otro yo al que nunca le permití ser? Sin embargo, ¿cómo darle vida, o cómo recuperar, a ese alguien que yo mismo oprimí, al que nunca le permití ser, al que ni siquiera conocí o pocos recuerdos tenía de él? Como pasa con el perro, que no se sabe qué tanto de él hace parte de su naturaleza y qué tanto ha adquirido del hombre, con el que ha convivido a lo largo de los últimos treinta mil años. Solo sabía algo: la urgencia de aquella opresión fue impedir que aflorara —uso de apostá un término bien maricón— lo que me sensibilizaba. El mal —la culpa— era no haberme hecho cargo a tiempo de esa mentira. Debía entonces arrastrar la propia sensibilidad.

Siempre mantuve un conflicto interno entre lo que yo sentía y lo que yo podía permitirme sentir en público; entre lo que yo pensaba y lo que podía permitirme hablar en público. Entre el carácter natural y el carácter socialmente construido, inventado. Nuestro cerebro no nace vacío, virgen, como sostenía el psicólogo Burrhus Skinner, padre del conductismo, a principios del siglo pasado. Normalmente, quien soy —lo que cada quien es— es un asunto de naturaleza y crianza, pero en este caso fue primero la crianza y luego lo natural. Primero se alimentó el cerebro. Luego el corazón.

De repente, abrí las puertas y confié en los demás. El otro dejó de ser mi enemigo. En mi apartamento, durante varios años, todos los días eran sábado por la noche. Celebraba el haberme encontrado conmigo mismo, el sentirme cómodo en mi piel, el aceptar ser quien soy, el aprender a quererme, el confiar en mí, el permitirme conmovirme en público. Estas últimas dos décadas he logrado sacar adelante todo lo que me he propuesto aceptando mi vulnerabilidad. Digo más: a partir de ella. Y, créanme, se necesita tener coraje para reconocerse débil. De hecho, desconfió de quienes presumen ser fuertes, pero todo el tiempo recurren a frases de autoayuda para convencerse de ello.

Hoy puedo decir que lo más importante de la publicación de *Al diablo la maldita primavera* fue la reconciliación personal que trajo consigo, esa capacidad de verme en el espejo desprovisto del odio y de mirar con compasión a los demás. Y ahí están mis novelas posteriores para dar fe de lo que afirmo. En todas ellas he buscado entender y aceptar al otro, incluso cuando ese otro es un animal. Supongo que me he humanizado y ahora me permito vivir de forma más tranquila y comprensiva. Digamos, para que no quede duda, que me siento cómodo en mi propia piel. ■

⁴ Rosa Montero, *El peligro de estar cuerda* (Barcelona: Seix Barral, 2022).